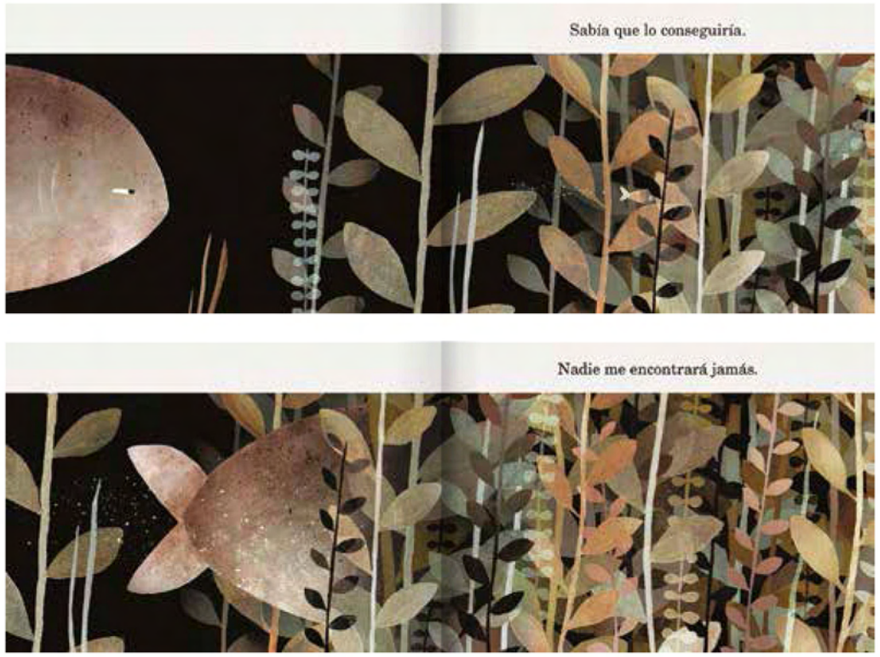



**Arriba :**
**Jon Klassen, *Este no es mi bombín*, © Milrazones, 2013**

# Jon Klassen, el arte de reírse de uno mismo

Se cuenta que el mismísimo padre de la filosofía occidental, Tales de Mileto, una noche que caminaba observando las estrellas, cayó en un pozo. Una sirvienta, al verlo, se rió diciendo que tan empeñado estaba tratando de saber lo que pasa en el cielo, que no sabía lo que tenía debajo de sus pies.

Según Bergson[1], nos volvemos ridículos y suscitamos risa cuando abandonamos la versatilidad humana para volvernos un tanto mecánicos. Como el filósofo que, embelesado por el cielo, no mira dónde pisa.

Los personajes de Jon Klassen poseen en su concepción visual esta misma rigidez. Por ejemplo el oso que protagoniza *Yo quiero mi gorro* posee un cuerpo monolítico en el que tan solo los ojos viven de vida propia y toman las riendas de la comunicación. Casi sin quererlo, nos sugieren la idea de que son los pequeños detalles los que nos delatan.

Pero, además, este oso se vuelve mecánico porque está obsesionado por su gorro: alguien se lo ha llevado, él lo quiere recuperar. «¿Has visto mi gorro?», le pregunta siempre a cualquiera con el que se tope, mientras que las respuestas que recibe varían, del intento de ayuda a la indiferencia total, pasando por el ocultamiento fraudulento. Tan centrado está el oso en buscar su gorro como para no reconocerlo ni cuando lo ve.

Por un lado tenemos un oso obcecado por la pérdida de su preciada posesión, un oso reducido a una idea fija y por lo tanto simplificado, mecanizado; por el otro una realidad que no encaja. Ya que el escenario, casi teatral, evidencia la ironía de una respuesta en particular, la de la liebre.

Lo cómico en el cuento del oso se juega en múltiples planos, desde el juego irónico de la imagen hasta la propia caracterización del personaje ridículo en su desamparo –y, sin embargo, ¿no lo hemos experimentado todos, de niños, frente a la pérdida de nuestro gorro favorito y, ya de adultos, frente a la pérdida de la cartera o de las llaves de casa?

Pero lo cómico se declina también en el empleo del lenguaje que se contradice a sí mismo en la respuesta primero de la liebre y luego en la respuesta duplicada por el propio oso, cuando a su vez este pasa a sentirse culpable.

Diríamos con Pirandello que el oso renueva su comicidad, descubriéndose portador de una insospechada —al mismo tiempo que sospechosa— palabrería, de manera que se presenta ahora a través de unos rasgos que no encajan con la idea que nos habíamos hecho de este oso manso.

Y es que la posesión, y sus implicaciones con el poder –la autoridad y/o dignidad que desprendemos a través de ella– pueden ser cegadoras, tanto que la recuperación del gorro va acompañada de un castigo ejemplar, o eso nos deja imaginar el autor. Se trata de un acto liberador, total, asimilador, sin apelación posible. De manera que el único testigo del robo desaparece en las fauces del afectado.

Eso mismo acontece en la historia del pececito que se hace con un bombín que no le pertenece, pero que él decidió que le quedaba mejor que a su propietario, porque, ¿qué hace un pez tan grande con un ridículo bombín? Aunque, ¿quién es este pequeñajo para decidir si le queda bien o no el bombín a su propietario?

Más concentrada —y fácil de conseguir— es la atención requerida al lector en el caso de *Este no es mi bombín*. El ritmo de la lectura es marcado por el juego de ojos del pez grande que desmiente cada una de las hipótesis salvíficas del ladronzuelo y, en consecuencia, por el desplazamiento de la mirada del lector, que sube y baja del texto a la imagen.

Texto e imágenes se juntan creando unas el espejo distorsionado del otro en una clásica relación de ironía. A la seguridad del pececito, que nos cuenta su coartada y cómo sabe que se salvará, se enfrenta en contrapunto la imagen que se encarga de desmontar todas y cada una de sus ilusiones.

Al filósofo le pierden las estrellas, al resto de los humanos nos pierde una identidad definida a través de la posesión, a través de un gorro que nos dice quiénes somos ofreciéndonos una máscara.

Como el maquillaje excesivo de la señora mayor que genera comicidad según Pirandello[2] por contradecir con su exuberancia el ideal de señora mayor que solemos tener. En palabras de Pirandello el humor nace de eso, de la contradicción y, a diferencia de Bergson, posee un rasgo marcadamente triste: nos reímos de los defectos de los demás, de su incapacidad de estar a la altura de sus propias expectativas, de su esfuerzo por estar en este mundo. Pero es que su esfuerzo es igual al nuestro en el momento en el que nos damos cuenta de no ser nada más que títeres en manos de la suerte.

Y, curiosamente, es cuando reconocemos en el otro nuestras mismas dificultades que empatizamos no tanto con él, sino con nosotros mismos. Nos vemos reflejados en un espejo que nos dice que en realidad nos estamos riendo de nosotros mismos, ya que nuestra risa nos permite conectar de manera amable –y, sin embargo, con inclemente sinceridad– con nuestras debilidades, las que solemos esconder detrás de esa fachada de dignidad que vestimos como un gorro justo antes de cerrar a nuestras espaldas la puerta de casa y salir a confrontarnos con las otras personas que habitan el mundo en el que vivimos.

Al parecer Jon Klassen es buen observador y de eso sabe mucho. Nos quita presunción, no tanto al hacernos caer en un agujero por distracción, sino recordándonos lo tiernamente ridículos que nos volvemos cuando nos olvidamos de vivir, para obcecarnos con poseer.

***Arianna Squilloni***

[1] *La risa. Ensayo sobre el significado de la comicidad*, Henri Bergson (EO 1899), Alianza Editorial, 2012.

[2] *El humorismo*, Luigi Pirandello (EO 1908), Cuadernos de Langre, 2007.

**Abajo :**
**Jon Klassen, *Yo quiero mi gorro*, © Milrazones, 2012**



